

Primero los pobres  
Enrique Semo

Proceso No. 1206  
13 de diciembre de 1999

Hace tres semanas, Andrés Manuel López Obrador lanzó el lema "Para el bienestar de todos, primero los pobres". Últimamente, la idea ha sido retomada en su campaña para el gobierno del DF. Antes de entrar en la discusión sobre táctica, de si el lema es o no adecuado para una campaña en la capital, vale la pena reflexionar sobre dos preguntas de más fondo: ¿La proposición es verdadera o falsa? y ¿en qué medida refleja fielmente la identidad del PRD en la actualidad y en el futuro? Los partidarios del pragmatismo dirán que se trata de un ejercicio ocioso: De lo que se trata es de ganar elecciones, no de iniciar un debate extemporáneo sobre contenidos del discurso perredista. En cambio, quienes están interesados en la construcción del partido, no podrán dejar de sentirse motivados por las implicaciones del lema en el desarrollo de la identidad misma de su organización.

Andrés Manuel López Obrador ha demostrado en tres ocasiones que entre sus cualidades se cuenta la de una fina intuición política que le permite ubicar el objetivo principal en una situación compleja. Cuando fue elegido presidente del PRD, sostuvo que su misión principal era romper el estancamiento electoral de su partido y actuó en consecuencia. Al surgir el problema del Fobaproa, vio en él un punto muy débil del sistema y se lanzó al ataque, ratificando ante tirios y troyanos, la identidad izquierdista de su partido. Ahora que sólo faltan siete meses para las elecciones y no ha habido una sola discusión de fondo, en que

casi no se ha apelado a la razón de los electores, en que todo son gruñidos, rugidos y gestos crispados que igualan y trivializan a los contendientes, López Obrador lanza una bomba de efectos retardados que no debe ni puede pasar inadvertida.

Antes de continuar, es importante insistir en la importancia de esta cualidad del candidato a la gubernatura del DF. La intuición es la capacidad de obtener conocimientos por una vía que no es ni la observación ni la razón ni la experimentación. Juega un papel importante en las matemáticas y la estrategia militar, y es imprescindible en el arte. Spinoza decía que la percepción del mundo como un todo orgánico es materia de intuición, mientras que el conocimiento parcial y abstracto es resultado de la ciencia y la observación sistemática. La intuición puede ser natural o adquirida, pero sin ella no se puede prosperar en oficios tan diferentes como la física teórica, la creación literaria o el pilotaje de autos de carrera. Mucho menos en la política. López Obrador no nació en el DF, pero sin duda posee esa cualidad sin la cual la política es sólo rutina.

Estoy convencido de que la proposición "Para el bien de todos, primero los pobres" es verdadera y, además, una representación exacta de la razón de ser del PRD, tanto hoy como en los próximos 50 años. Todo partido político tiene necesidad de una misión histórica definida que le dé continuidad en el suceder de las generaciones, identidad frente a unos medios que se empeñan en vivir de lo inmediato y lo anecdótico, y legitimidad en el corazón de un pueblo que tiende a depositar una confianza desmedida en caudillos y personajes carismáticos. Para que un partido prospere, es necesario que sus miembros

puedan responder sin titubeos a la pregunta: ¿Cuál es la causa que nos distingue de los otros partidos e inspira nuestros esfuerzos?

En la primera mitad del siglo XXI, un partido de izquierda será portador de la gran tarea histórica de fusionar en una las dos naciones que coexisten en el seno del México de hoy, o no será. La única misión que puede dar sentido a su existencia es la solución de la cuestión social. Si no se lo propone, está seguramente condenado a jugar un papel efímero y marginal.

Hace 50 años, la cuestión social existió también en los países industrializados de Europa. El desarrollo industrial agudizó todas las contradicciones sociales, y la época de la gran depresión las reprodujo. Mientras las migraciones del campo a los barrios marginales de la ciudad entrañaban una pérdida de identidad y una angustiosa sensación de esclavización, la pauperización material era acompañada de la desmoralización y la desculturización. Todos los espíritus sensibles de Europa denunciaron el fenómeno. A mediados del siglo pasado, el escritor y político conservador Benjamín Disraeli afirmaba: "No hay comunidad en Inglaterra, sólo hay un agregado... Nuestra soberana reina sobre dos naciones. Dos naciones entre las cuales no hay ni relaciones ni simpatías, que son tan ignorantes de las costumbres, los pensamientos y los sentimientos del otro, como si sus habitantes pertenecieran a dos planetas diferentes, que ingieren comestibles diferentes y son regidos por maneras diferentes, que no son gobernados por las mismas leyes. Esas dos naciones son los Ricos y los Pobres". ¿Acaso esta descripción no se aplica como un guante al México de hoy? A finales de nuestro siglo, convocado por los excesos

neoliberales, el espectro de una nueva cuestión social vuelve a rondar el Viejo Continente y a ser denunciada como lo fue antes.

En nuestra historia la cuestión social está presente desde hace mucho. Ya a principios del siglo XIX, Humboldt señalaba el contraste entre ricos y pobres en la Nueva España. A partir de entonces, los señalamientos y las denuncias se han sucedido sin parar. En las últimas dos décadas, el problema se ha agravado trágicamente. Los informes de la ONU son contundentes. América Latina (y México) es la región con la distribución del ingreso más polarizada del mundo, y en los últimos 15 años el fenómeno ha empeorado. El reciente libro de Julio Boltvinik y Enrique Hernández Laos, *Pobreza y distribución del ingreso en México*, nos describe con precisión y detalle una situación límite. Estamos ante un problema estructural que en la actualidad se agrava; que es antiguo pero también nuevo; que es persistente y creciente, y que sólo puede resolverse con cambios sociales profundos, aplicados en forma consecuente durante toda una generación. Este es el problema prioritario de México.

Mientras no se resuelva la cuestión social, todos nuestros avances tienen un lado perverso. Tenemos hospitales con las instalaciones más modernas del mundo, pero miles de niños mueren de desnutrición. Exportamos cientos de miles de automóviles, pero más de la mitad de los mexicanos no pueden adquirirlos. Contamos con premios Nobel, pero el promedio de nuestra escolaridad es de cuatro años. La democracia no puede consolidarse en un país en el cual la mitad de la población se siente excluida del sistema. El ingreso al primer mundo no es sólo un asunto de producción, sino también de mercado nacional. El objetivo se define en términos claros y bastante simples. Debemos

lograr una nación en la cual 80% de la población viva en condiciones y tenga ingresos, comparables y compatibles. La alimentación, la vivienda, la educación, las oportunidades mínimas deberían estar al alcance de todos. Las diferencias en ingresos de ese gran sector mayoritario, no pueden pasar del 1 al 8.

La proposición "Por el bien de todos, primero los pobres" es profundamente verdadera en sus dos componentes. Afirma, en primer lugar, que la solución del problema responde al interés de la nación o de la comunidad en su conjunto ("por el bien de todos"), y eso es cierto. Los grandes empresarios tendrían que sacrificar algo de las tasas de ganancia actuales y pagar más impuestos, pero se verían compensados con la ampliación del mercado interno y la estabilización de la situación política. La clase media actual perdería algunos de sus privilegios y sus pequeños lujos, pero ganaría inmensamente en influencia política, puesto que se transformaría en la gran clase mayoritaria de la nación. Las élites políticas tendrían que sacrificar algo de su preeminencia y su impunidad, pero acrecentarían enormemente su legitimidad y su poder hacia el exterior.

En segundo lugar, se plantea la prioridad del problema ("primero" los pobres), y esa afirmación contiene también una verdad profunda. En el punto en el que nos encontramos y con las posibilidades que se nos abren en los próximos 50 años, o resolvemos la cuestión social o abandonamos cualquier aspiración a ingresar al primer mundo. O construimos una nación que integre a nuestros 100 millones de habitantes en un todo en el cual la solidaridad (no confundir

con la filantropía) sea posible, o debemos hablar del fracaso histórico de nuestra civilización.

El PRI conquistó su hegemonía con la reforma agraria, la instauración de sistemas de seguridad social, la consolidación de algunos derechos básicos de los obreros sindicalizados, la multiplicación de las escuelas rurales. Aun cuando los tecnócratas de hoy lo nieguen, durante décadas vivió de los intereses de esa aportación inicial a la solución de la vieja cuestión social. Su abandono trae consigo, inevitablemente, su ocaso (lento por las veleidades de la oposición, pero seguro).

Si el PRD quiere conquistar esa hegemonía para la nueva izquierda, debe elevar el paradigma "Para el bien de todos, primero los pobres" en principio rector de la elaboración de su proyecto de nación, sus plataformas electorales, su campaña nacional del año 2000, la actividad de sus fracciones parlamentarias, las políticas de sus gobiernos, la construcción de su partido. No simplificamos. Clara y simple como objetivo, la solución de la cuestión social presenta enormes dificultades en materia de la construcción de un bloque político, la elaboración de políticas coherentes y su puesta en práctica a diferentes niveles de gobierno. Además, debe quedar claro que la solución del problema de los pobres es sólo una parte de la cuestión social y que ésta, a su vez, no resuelve todos los problemas del país. Hablamos de una prioridad, de un rayo de luz que debe orientar y jerarquizar la solución de otros problemas, sin sustituirlos ni desconocer su particularidad ni su importancia.